

Cuadernos del Concilio 24



María, la primera creyente
(LG 52-69)

Cuadernos del Concilio

Cuadernos del Concilio

**María, la primera creyente
(LG 52-69)**

Stefania Falasca

Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

María, la primera creyente (LG 52-69)

Autor: Stefania Falasca

Primera edición (castellana) 2024

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Introducción	9
Capítulo 1: En el misterio de Cristo y de su Iglesia	11
Ante todo: madre de Dios y de los cristianos	11
Madre de la Iglesia	12
El capítulo VIII de la <i>Lumen gentium</i>	14
Capítulo 2: María y la Iglesia: el regreso a los padres	17
El vínculo entre María y la Iglesia	17
Virgen y madre	19
Capítulo 3: Modelo y madre de los creyentes	23
El discurso de Pablo VI en el Concilio	23
María como modelo de creyente	26
La perspectiva ecuménica	29
Capítulo 4: Madre de la Iglesia y hermana nuestra	33
La veneración a María	33
Un patrimonio de gran valor	37
<i>Lumen Gentium</i> (52-69)	41

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)



INTRODUCCIÓN

«Cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, [...] para que recibiéramos el ser hijos adoptivos de Dios» (Gal 4,4-5). El Concilio Vaticano II inicia con estas palabras de san Pablo su doctrina sobre la Virgen María en el capítulo octavo de la constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la naturaleza de la Iglesia. Como todos, María, puede dirigirse a Dios y decirle «Dios mío». Pero como nadie, solo ella puede decir: «¡Dios mío, Hijo mío!».

Dante describe esta situación única de María en el primer verso del canto XXXIII del Paraíso, en el himno de san Bernardo dirigido a la Virgen. Un himno que puede ser puesto como comienzo del último capítulo de la constitución dogmática, totalmente dedicado a la santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia:

Virgen Madre, Hija de tu Hijo,
humilde y gloriosa más que ninguna otra criatura,
objeto inmutable de los designios del Eterno;
tú eres la que de tal manera
ennobleces la humana naturaleza,
que no se desdeñó su Hacedor
de convertirse en hechura suya.

EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

Ante todo: madre de Dios y de los cristianos

«Virgen Madre». María es ante todo madre de Dios. Este tema es el hilo conductor en el capítulo que el Concilio dedica a la Virgen. En él, María es llamada tres veces «madre de Jesús», tres veces «madre de Cristo», una vez «madre del Redentor», tres veces «madre de Dios», tres veces *genitrix* (progenitora) y seis veces *Deipara*, es decir la que ha dado a luz a Dios.

Estos títulos expresan las relaciones tan especiales que existen entre Dios y María, además de poner a María en una situación tan única que, ya en el siglo V, al patriarca de Constantinopla, Nestorio (428-431) le pareció un absurdo: Dios es incorruptible e inmutable –contestó el patriarca de Constantinopla–, por lo que aquel al que María dio a luz ¡no puede ser Dios! Cirilo, patriarca de Alejandría, le respondió que María, dando a luz, sí dio sangre y carne humanas, pero a uno que era Dios. Por lo tanto, dio a luz a Dios. El pueblo de Constantinopla, guiado por el *sensus fidei* (ese instinto sobrenatural que hace descubrir el error e identificar la verdad), protestó públicamente contra Nestorio la tarde del 22 de junio de 431 en Éfeso y, desde aquel momento, toda la Iglesia está con ese pueblo que llama a María, Madre de Dios.

María, la primera creyente (LG 52-69)

Esta es la categoría fundamental que utiliza el Concilio para ilustrar el papel de María: Madre de Dios y, junto a éste, Madre de los creyentes. La constitución dogmática sobre la Iglesia confirma la importancia de la Virgen en la economía de la salvación. Por querer de Dios, María nació libre del pecado original. Su cooperación espontánea al plano salvífico de Dios, la convierte en «madre de los vivientes». Por consiguiente, es madre de los hombres en el orden a la gracia, siendo madre del redentor Jesucristo. Por eso, su obediencia, confianza y maternidad se convirtieron en ejemplos para la Iglesia y sus miembros se dirigen a ella como «modelo de virtudes» mientras progresan en la fe, la esperanza y la caridad. Otra categoría fundamental es por tanto la de figura: «La bienaventurada Virgen María, por el don y la función de ser madre de Dios, por la que está unida al Hijo redentor y por sus singulares gracias y funciones, está también íntimamente unida a la Iglesia. La madre de Dios es figura de la Iglesia, como ya enseñaba san Ambrosio: en el orden de la fe, del amor y de la unión perfecta con Cristo». Es decir, hija «de esa Jerusalén que es nuestra madre celestial», refiere H. de Lubac, es «la tierra en la cual está sembrada la Iglesia» porque es la «madre de la Iglesia que somos nosotros».

Madre de la Iglesia

La novedad más grande del tratado conciliar sobre la Virgen, consiste precisamente en ser introducida en la constitución dogmática sobre la naturaleza de la Iglesia. Por lo tanto, el capítulo octavo constituyó un giro crucial en la reflexión teológica sobre la santísima Virgen María. Tras un encendido debate, el Concilio decidió no producir un documento separado sobre María con el fin de mostrar el profundo vínculo entre María y la Iglesia.

Y con esto el Concilio –no sin sufrimientos ni desgarros– efectuaba una profunda renovación de la mariología con respecto a la de los últimos siglos. El discurso sobre María ya no es específico, como si María ocupase una po-

sición intermedia entre Cristo y la Iglesia, sino que es reconducido al ámbito de la Iglesia, como en la época de los Padres.

Siguiendo a san Agustín, María es vista como el miembro más excelente de la Iglesia, no fuera de ella, sino por encima de ella. Ambas realidades se iluminan recíprocamente. Si el discurso de la Iglesia se enfocaba en quién es María, el discurso de María se enfocaba en lo que es la Iglesia: «cuerpo de Cristo» y, como tal, «casi una prolongación de la encarnación del Verbo». Lo subrayó también san Juan Pablo II en su encíclica *Redemptoris Mater*: «El Concilio Vaticano II, presentando a María en el misterio de Cristo, encuentra también de este modo el camino para profundizar en el conocimiento del misterio de la Iglesia». Así se comprende que fuera precisamente el capítulo sobre María con el que culminaba la *Lumen gentium*.

La Virgen María, al anunciarle el ángel la Palabra de Dios, la acogió en su corazón y en su cuerpo y dio la vida al mundo, por eso se la reconoce y se la venera como verdadera madre de Dios y del Redentor. Redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo y unida a él de manera íntima e indisoluble, está enriquecida con este don y dignidad: es la madre del Hijo de Dios. Por tanto, es la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo. Debido a esta gracia tan extraordinaria, aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra. Al mismo tiempo, sin embargo, se encuentra unida, en la descendencia de Adán, a todos los hombres que necesitan ser salvados. Más aún, «es verdaderamente la madre de los miembros (de Cristo) [...] porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella Cabeza». Por eso es también saludada como miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia y como su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en la caridad (LG 53).

Por lo tanto, el Concilio Vaticano II quiso despertar el culto mariano concentrándose en la figura de María como parte constituyente de la acción salvífica del Redentor, poniendo de manifiesto su papel singular en la misión de la Iglesia. Pretendía así promover una devoción mariana profunda, orientada a adoptar las mismas virtudes de María, como instrumento elegido en la edificación de la concordia y la verdadera fraternidad dentro de la comunidad eclesial. En efecto, puntualizaba que «María [es] exaltada por la gracia de Dios después del Hijo y por encima de todos los ángeles y hombres» y por este motivo se ha desarrollado en su honor un culto que ha de ser impulsado, pero evitando al mismo tiempo las exageraciones indebidas para que se siga promoviendo su correcto papel de intercesión.

Otra novedad de este capítulo es también el enfoque ecuménico en la unidad de la Iglesia y la insistencia en la fe de María. También esto es un regreso a la mariología de los Padres a los cuales se remonta el Concilio que, más que sobre los privilegios de la Virgen, insistían en su fe como aportación personal de María al misterio de la salvación. Una visión expresada por san Agustín: La «bienaventurada María concibió creyendo a quien alumbró creyendo [...]. Tras estas palabras del ángel, ella, llena de fe y habiendo concebido a Cristo antes en su mente que en su seno, dijo: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”».

El capítulo VIII de la Lumen gentium

El proemio del capítulo octavo aclaraba así desde el principio que no era intención del Concilio exponer una mariología completa, sino solamente mostrar la íntima relación entre la Virgen y la Iglesia, porque ambas acogieron al Verbo de Dios «en su corazón y en su cuerpo». Se afirma con claridad la intención perseguida con el tratado de María en el último capítulo de la *Lumen gentium*:

El sagrado Concilio, al exponer la doctrina de la Iglesia, en la que el divino Redentor realiza la salvación, intenta iluminar cuidadosamente tanto la misión de la bienaventurada Virgen en el misterio del Verbo encarnado y del cuerpo místico, como los deberes de los redimidos para con la madre de Dios, madre de Cristo y madre de los hombres, especialmente de los creyentes. Pero no tiene intención de exponer una mariología completa ni de resolver las cuestiones que todavía los teólogos no han aclarado del todo. Por tanto, conservan su derecho las opiniones libremente discutidas en las escuelas de teología católica acerca de aquella que en la santa Iglesia ocupa el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros (LG 54).

En sus líneas esenciales, las partes de capítulo se pueden distinguir en tres partes.

La primera parte (55-59) habla de las prerrogativas y misiones de María, siguiendo la historia, *salutis*: 1) Gen 3,15 representa proféticamente a María como asociada del Hijo en la lucha y el triunfo sobre la serpiente; Is 7,4 (confrontado con Mt 1,22-23 y Miq 5,2-3) la profetiza como Virgen del Emanuel; María es la primera entre los pobres y humildes que esperan al mesías al final del Antiguo Testamento; 2) en la anunciación (Lc 1,28-38), el *gratia plena*, prueba su concepción inmaculada; la *ancilla* habla del espíritu de servicio y de humildad con el que María se asocia a la obra redentora de Cristo; el *fiat* demuestra que su aceptación es libre, consciente, hecha de obediencia y de fe y la establece como antítesis de Eva; 3) también en los episodios de la infancia de Jesús (la visitación, el nacimiento, la presentación en el templo, el niño recuperado en el templo: Lc 1,41-45; 2,34-35; 2,41-51) la Virgen madre aparece asociada de algún modo al Hijo en la obra redentora; 4) al igual que en los episodios de la vida pública: en Caná intercede por el primer milagro (Jn 2,1-11); cuando es llamada bendita por una mujer, es ocasión de que el reino sea declarado más importante que

cualquier vínculo de parentesco (Mc 3,35); a los pies de la cruz se asocia al sacrificio del Hijo y se nos es dada como madre (Jn 19,26-27); 5) después de la ascensión reza con los apóstoles por la venida del Espíritu Santo (Hch 1,14), es asunta al cielo y exaltada como *universorum regina*.

La segunda parte (60-65) expone de forma sistemática las relaciones de María con la Iglesia: 1) su misión materna no oscurece, sino que realza la única mediación de Jesús; 2) la caridad de *ancilla* y de *singulariter prae aliis generosa socia* hace de María nuestra madre; 3) la misma caridad perpetúa su mediación en nuestro favor; 4) como María, la Iglesia es virgen porque mantiene su fidelidad a su esposo Cristo, es madre porque genera hijos con la predicación y los sacramentos; 5) rica de santidad y de todas las virtudes, María está delante de la Iglesia como ejemplo a imitar.

La tercera parte (66-67) trata sobre el culto a María en la Iglesia. Fundamento del culto es su santidad y el encontrarse involucrada en los misterios del Señor. La naturaleza del culto es *essentialiter* diferente a la adoración presentada a Cristo. Las directrices pastorales: además del culto mariano litúrgico, se recomiendan *praxes et varia exercitia pietatis*; en la predicación se exhorta a tener una justa vía de en medio, ni maximalista ni minimalista, que no se aleje del cristocentrismo y evite tanto los afectos estériles como la vana credulidad. En la conclusión (68-69) se dan entre otras cosas algunas exhortaciones: «Que María interceda por la unión de los cristianos»; «naturaleza y fundamento del culto. María, signo del pueblo de Dios». «La Madre de Jesús, glorificada ya en los cielos en cuerpo y alma, es la imagen y comienzo de la Iglesia que llegará a su plenitud en el siglo futuro. También en este mundo, hasta que llegue el día del Señor» (cf. 2 Pe 3,10).

MARÍA Y LA IGLESIA: EL REGRESO A LOS PADRES

Los vínculos entre la Iglesia y la Virgen son estrechos, numerosos y también esenciales: «Están entrelazados desde dentro», escribe De Lubac:

Estos dos misterios de nuestra fe son mucho más que solidarios: se ha podido incluso afirmar que son un «solo y único misterio». Digamos como mínimo que entre ellos existe una relación de la que siempre se benefician porque se aclararan la una a la otra; es más, para la inteligencia de la una es imprescindible la contemplación de la otra.

El vínculo entre María y la Iglesia

La *Lumen gentium* explica:

La bienaventurada Virgen, por el don y la función de ser madre de Dios, por la que está unida al Hijo redentor, y por sus singulares gracias y funciones, está también íntimamente unida a la Iglesia. La madre de Dios es

María, la primera creyente (LG 52-69)

figura de la Iglesia, como ya enseñaba san Ambrosio: en el orden de la fe, del amor y de la unión perfecta con Cristo (LG 63).

En la tradición, los mismos símbolos bíblicos se aplican con idéntica y cada vez mayor frecuencia a la Iglesia y a la Virgen. Ambas son: la nueva Eva, el paraíso, el árbol del paraíso cuyo fruto es Jesús. Ambas son: el arca de la alianza, la escalera de Jacob, la puerta del cielo: la puerta que deja pasar al Señor de Israel. Ambas son: la casa elevada en la cima de los montes. El tabernáculo del Altísimo, el trono de Salomón, la fortaleza inexpugnable. Ambas son: la ciudad de Dios, la ciudad del gran rey, la ciudad mística cantada por el salmista. Ambas son: la mujer fuerte del libro de los Proverbios, la mujer enemiga de la serpiente, la mujer vestida de sol y victoriosa ante el dragón. Ambas son —después de Cristo— el asiento de la Sabiduría, su mesa. Son un «mundo nuevo», una «creación prodigiosa». Ambas descansan a la sombra de Cristo. Esto es lo que transmiten los Padres de la Iglesia de Oriente y Occidente.

No se trata solamente de paralelismos o de un simple uso de símbolos ambivalentes. La conciencia cristiana lo percibió inmediatamente y en el transcurso de los siglos, la proclamó de mil formas en el arte, la liturgia y la literatura: María es básicamente «la figura ideal de la Iglesia»; es su sacramento, «espejo en el que se refleja toda la Iglesia».

La Iglesia encuentra en ella su estilo y su ejemplo, su punto de origen y su objetivo de perfección: «*Ad vicem Matris ius [Christi], Matri nostra Ecclesiae forma constituitur*».

En cada momento de su existencia, María habla y actúa en nombre de la Iglesia —«*figuram in se sanctae Ecclesiae demonstrat*»— no en virtud de una decisión superpuesta, ni «evidentemente por efecto de una intención explícita por su parte, sino porque —explica De Lubac en su Meditación sobre la Iglesia— es la puerta y ya la contiene [la Iglesia] íntegramente en su persona». Es «el todo de la Iglesia», es «la Iglesia, reino y sacerdocio, reunida en una

sola persona». Lo que las antiguas Escrituras anunciaban proféticamente de la Iglesia, recibe como una nueva aplicación en la persona de María, de la que la Iglesia se convierte así en figura: «¡Qué hermosas son estas cosas que, bajo la imagen de la Iglesia, fueron profetizadas de María!», y, recíprocamente, lo que refiere el evangelio de la Virgen prefigura igual de bien la naturaleza y los destinos de la Iglesia: «*Sicut Maria, ita Ecclesia*» y en todo lo que se dice en el evangelio, «*latent Ecclesiae sacramenta*». San Ambrosio, en *De institutione virginis*, afirma claramente todo lo que el capítulo dedicado a María en la *Lumen gentium* ha querido retomar de los Padres:

Todo lo que encontramos en los libros santos sobre la grandeza, el esplendor y la santidad de la Iglesia, es apropiado con justicia en cada parte del universo a la gloriosa Virgen, porque es, entre todos los miembros de la Iglesia católica, el más santo, el que Dios nuestro Señor colmó de gracias mayores de las que ha distribuido a todos los miembros. Por eso, siguiendo la antigua costumbre, cantamos en honor de la Virgen los pasajes de la Escritura que en su sentido natural tendrían que ser interpretados como aplicados a la Iglesia de Jesucristo.

Virgen y madre

A continuación, se habla de la Iglesia como virgen y madre:

Contemplando su misteriosa santidad, imitando su amor y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también la Iglesia se convierte en madre por la Palabra de Dios acogida con fe, ya que, por la predicación y el bautismo, engendra para una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios. También ella es virgen que guarda íntegra y pura, la fidelidad prometida al

María, la primera creyente (LG 52-69)

Esposo e imitando a la madre de su Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero (LG 64).

Así, la Virgen María es la nueva Iglesia, la esposa del Hijo de Dios, santificante y santificada. Y bajo el primero de estos últimos dos aspectos, la maternidad de la Virgen es en totalmente imagen de la maternidad de la Iglesia: «A quien María Virgen generó, la Iglesia lo genera aún todos los días». Una ha dado la salvación a los pueblos, la otra da los pueblos al salvador. Una ha llevado la Vida en su seno, la otra la lleva en la fuente del sacramento. Ya en el siglo II, Eusebio refiere que los cristianos de Vienne y de Lyon hablaban de la santa Iglesia como de «nuestra madre virginal», con una clara e implícita alusión a la Virgen. Una inscripción del baptisterio de san Juan de Letrán dice asimismo que «en esta fuente, la Iglesia nuestra madre, genera de su seno virginal a los hijos que ha concebido bajo el soplo de Dios».

Los Padres de la Iglesia han exaltado a menudo en su predicación los «misterios de la Iglesia virgen». Para san Ambrosio, la Iglesia, al igual que la madre de Jesús «nos ha concebido virgen por obra del Espíritu y nos da a luz virgen y sin dolor». El tema es también frecuente en san Agustín: «*Nam Ecclesiae quoque et mater et Virgo est*»; admira en la una y en la otra la misma virginidad fecunda y la misma fecundidad virginal. Para celebrar la gran «madre de todos los vivientes» que la hace «semejante a la madre de su Señor», san Agustín recuerda la fe de la Iglesia siempre íntegra y hace ver a esta «virgen consagrada», a esta «madre espiritual», semejante en todo a María en el momento del parto. Más aún, san Agustín subraya esta semejanza entre las dos vírgenes madres haciendo observar que, si la Iglesia genera multitudes, María hace de todos sus hijos, congregados por todas partes, los miembros de un único cuerpo. Al dar a luz a uno, la Virgen María se hizo madre de la multitud; la Iglesia, al dar a luz a la multitud, se hizo «madre de la unidad». Desde san Agustín son

innumerables los textos que repiten esta doctrina, como el sermón sobre la Pascua atribuido a san Eusebio:

¡Cuánto se alegra hoy la Iglesia de Cristo la cual, a semejanza de María santísima, se ve enriquecida por obra del Espíritu Santo y es madre de una progenie divina! Mirad cuántos hermanos que se van añadiendo a tantos otros... María ha concebido a su propio hijo sin pecado y la Iglesia destruye cada pecado en quienes regenera. Por María ha nacido aquel que era ab initio; por la Iglesia renace quien estaba muerto al principio. La primera ha generado para pueblos infinitos; la segunda da la vida a estos pueblos. Una, siendo virgen, nos ha dado a su Hijo; la otra, por medio de este Hijo que es su esposo virgen, no cesa de regenerar [...].

De Lubac subraya que también a la liturgia mozárabe le gustaba relacionar el parto virginal de María con la castidad fecunda de la Iglesia que «concibe sin corrupción a los hijos de la luz y los da a luz en la alegría» y le gustaba llamarlas a las dos «esposas y vírgenes al mismo tiempo», celebrando al mismo tiempo a «quien todos los pueblos llaman bienaventurada y a la que por ella han sido hechos bienaventurados todos los pueblos».

María y la Iglesia —dice Isaac de l'Étoile— «dan ambas una posteridad a Dios Padre». Así, las prerrogativas de una pasan a la otra y viceversa. La reciprocidad, la mutualidad de funciones entre María y la Iglesia es atestiguada por el evangelio de Juan cuando muestra a Jesús en la cruz dando a su madre y presentándonos justo después su costado abierto por la lanza que da a la Iglesia, con el agua del bautismo, la sangre del sacrificio. Cualquiera que haya sido la intención exacta del evangelista, queda sin embargo demostrado el doble y profundo simbolismo con el que la reflexión cristiana ha interpretado este texto, como lo hicieron san Alberto Magno, Héríman de Tournai, pero también santa Hildegarda de Bingen en su *Scivias*, y Hans

Urs von Balthasar, para quien uno de los temas preferidos en su contemplación es el de la Virgen María en el misterio de la Iglesia: el «sí» de María «es fundamento y esencia de la Iglesia neotestamentaria. Quien se une de manera viviente a este “sí” es miembro vivo del pueblo de Dios y se hace más eclesial en la medida en que más ampliamente lo puede decir». Por último, también Gertrud von Le Fort, cuando observaba que la mañana de Pentecostés fue visitada María por el Espíritu Santo por segunda vez. De este modo, lo que se dice de la maternidad de una se puede decir de la maternidad de la otra:

En la hora en que la vida de María como madre de Cristo parece llegar a su término, se convierte en realidad en la madre común de todos los cristianos. Y se cumple para ella en ese momento, por segunda vez, la salutación evangélica: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones». Desde ese momento, María ya no será nombrada en el evangelio; pero los Hechos de los Apóstoles nos la muestran en Jerusalén con los discípulos esperando la venida del Espíritu Santo, como más tarde la pintaría el gran arte religioso del Occidente cristiano. María, a los pies de la cruz, había realizado por segunda vez la bendición de la salutación evangélica; la mañana de Pentecostés, es visitada por segunda vez por el Espíritu Santo. La madre de Cristo se convierte así en la gran figura materna de la Iglesia madre.

MODELO Y MADRE DE LOS CREYENTES

El discurso de Pablo VI en el Concilio

Todo el significado del último capítulo de la *Lumen gentium* sobre María fue retomado por Pablo VI en el discurso de conclusión de la III sesión del Concilio Vaticano II el 21 de noviembre de 1964:

Es la primera vez —y decirlo nos llena el corazón de profunda emoción— que un concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esto corresponde a la meta que el Concilio se ha prefijado: manifestar el rostro de la santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta». En verdad, la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, su liturgia, sus sacramentos ni sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de

María, la primera creyente (LG 52-69)

aquella, que es la madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su santa madre. Y el conocimiento de la doctrina verdadera católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia. La reflexión sobre estas estrechas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas por la actual constitución conciliar, nos permite creer que es este el momento más solemne y apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos padres conciliares, pidiendo insistentemente una declaración explícita, durante este Concilio de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano. A este fin hemos creído oportuno consagrar, en esta misma sesión pública, un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico y, particularmente entrañable para nosotros, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la santa Iglesia. Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, nosotros proclamamos a María santísima madre de la Iglesia, es decir, madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman madre amorosa y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título. Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de madre y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la madre del Verbo encarnado. La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en

la economía de la salvación operada por Cristo y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser madre de aquél, que desde el primer instante de la encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como madre de Cristo, es madre también de los fieles y de todos los pastores; es decir, de la Iglesia. Con ánimo lleno de confianza y amor filial elevamos a ella la mirada, a pesar de nuestra indignidad y flaqueza; ella, que nos dio con Cristo la fuente de la gracia, no dejará de socorrer a la Iglesia, que, floreciendo, ahora en la abundancia de los dones del Espíritu Santo, se empeña con nuevos ánimos en su misión de salvación. Nuestra confianza se aviva y confirma más considerando los vínculos estrechos que ligan, al género humano con nuestra madre celestial. A pesar de la riqueza en maravillosas prerrogativas con que Dios la ha honrado, para hacerla digna madre del Verbo encarnado, está muy próxima a nosotros. Hija de Adán, como nosotros, y, por tanto, hermana nuestra con los lazos de la naturaleza, es, sin embargo, una criatura preservada del pecado original en virtud de los méritos de Cristo y que a los privilegios obtenidos suma la virtud personal de una fe total y ejemplar, mereciendo el elogio evangélico «Bienaventurada porque has creído». En su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual, toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y de obras, encuentra en ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo. Por lo tanto, auguramos que, con la promulgación de la constitución sobre la Iglesia, sellada por la proclamación de María madre de la Iglesia, es decir, de todos los fieles y pastores, el pueblo cristiano se dirigirá con mayor confianza y ardor a la Virgen santísima y le tributará el culto y honor que a ella le compete. En cuanto a nosotros, ya que entramos en el

María, la primera creyente (LG 52-69)

aula conciliar, a invitación del papa Juan XXIII, el 11 de octubre de 1961, a una «con María, Madre de Jesús», salgamos, pues, al final de la tercera sesión, de este mismo templo, con el nombre santísimo y gratísimo de María Madre de la Iglesia.

El 21 de noviembre de 1964 el Pablo VI, en su discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio, proclamó a María como «Madre de la Iglesia» ante más de dos mil obispos reunidos en San Pedro. Y no fue secundario que, precisamente durante esa reunión en la que fue promulgada la constitución dogmática dedicada a la Iglesia y los decretos sobre el ecumenismo y las Iglesias orientales, se estableciera que «todo el pueblo cristiano rindiese cada vez más honor a la madre de Dios con este dulcísimo nombre»: «Madre de la Iglesia», es decir, de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los pastores.

María como modelo de creyente

Esto quería ratificar que María es *typus* de la Iglesia, el modelo, como expresa la *Lumen gentium*. Y quería con ello proponer su ejemplo a imitar en la fe, en la docilidad a cualquier estímulo de la gracia y en conformar fielmente la vida a los mandamientos de Cristo y al impulso de la caridad, de modo que todos los fieles se sientan siempre más firmes en su seguimiento de Cristo. Y para que sean «también fervorosos en la caridad para con los hermanos –afirmaba asimismo en el mismo discurso–, promoviendo el amor a los pobres, la justicia y la defensa de la paz, como ya exhortaba el gran san Ambrosio». Hija de esa Jerusalén que es nuestra madre celestial, María es así madre de la Iglesia que somos nosotros. Es la madre del nuevo pueblo.

La decisión de Pablo VI no fue apresurada, ni improvisada. Maduró después de una atenta consideración del debate y de una larga reflexión porque

este texto ilumina el sentido de la íntima unión de María con la Iglesia, donde ocupaba, de manera eminente y singular, el primer puesto:

En el misterio de la Iglesia, que también es llamada con razón madre y virgen, la santísima Virgen María fue por delante mostrando en forma eminente y singular el modelo de virgen y madre. En efecto, por su fe y su obediencia engendró en la tierra al Hijo mismo del Padre, ciertamente sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como nueva Eva, prestando fe no adulterada por ninguna duda al mensaje de Dios y no a la antigua serpiente. Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó primogénito de muchos hermanos (cf. Rom 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de madre.

Todo esto nos ayuda a entender lo que la tradición dice de María a partir de san Ireneo: no es solo un ejemplo de bendición y salvación. «Como Eva –escribe san Ireneo– desobedeciendo se convirtió en causa de muerte para sí misma y para todo el género humano, María [...], por su obediencia fue causa de la salvación propia y de la de todo el género humano».

Las palabras de María: «Me felicitarán todas las generaciones» han de retenerse también como «una orden dada por Dios a la historia». *Soli Deo gloria*. Todo en María lo proclama. Toda su santidad es teologal. Es la perfección de la Fe, la Esperanza y la Caridad. Es la perfecta realización de la religión de los pobres la «esclava del Señor» que exalta su misericordia y su fidelidad. Y toda su función materna hacia nosotros consiste en conducirnos a Él. Se entiende entonces que Pablo VI, para cerrar su exhortación *Marialis cultus* (MC) pusiera como argumento del valor pastoral de la devoción a la Virgen en su conducir a los hombres a Cristo las mismas palabras que ella dirigió a los sirvientes en la boda de Caná: «Hagan lo que Él os diga».

María, la primera creyente (LG 52-69)

En su acción apostólica, la Iglesia con razón mira hacia aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que por medio de la Iglesia nazca y crezca también en el corazón de los creyentes. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una vida nueva (LG 65).

«Ejemplo para toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino, María es también, evidentemente, maestra de vida espiritual para cada uno de los cristianos», explica Pablo VI en la *Marialis cultus*.

Bien pronto los fieles comenzaron a fijarse en María para, como Ella, hacer de la propia vida un culto a Dios, y de su culto un compromiso de vida. Ya en el siglo IV, san Ambrosio, hablando a los fieles, hacía votos para que en cada uno de ellos estuviese el alma de María para glorificar a Dios: «Que el alma de María está en cada uno para alabar al Señor; que su espíritu está en cada uno para que se alegre en Dios». Pero María es sobre todo modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios: doctrina antigua, perenne, que cada uno puede volver a escuchar poniendo atención en la enseñanza de la Iglesia, pero también con el oído atento a la voz de la Virgen (MC 21).

«*Maria et Ecclesia, una mater et plures*», escribe Isaac de l'Étoile en la profunda Edad Media. Pero sin la ayuda de ninguna especulación teológica ni la necesidad de ser orientados por estos textos antiguos, algunos fieles tuvieron percepción directa de ello. Basta recordar el particular ejemplo de aquel joven de veinticuatro años que entró una tarde de Navidad en Notre Dame al oír el canto del Magnificat. Ese joven era Paul Claudel que, con el

rostro apoyado en la reja del coro «miraba la Iglesia vivir» y, a través de ese espectáculo, entraba en la fe. Explicó más tarde que «los ojos de María estaban encima de mí...». Y «la majestad materna y tranquilizadora» de la que se sentía envuelto era indisolublemente, la de la Iglesia y la de María al mismo tiempo. A propósito de ese momento, comentaba De Lubac: «Solo tenía que apoyarse sin demasiadas distinciones en esta doble y única madre».

La perspectiva ecuménica

La *Lumen gentium* dedica un párrafo a la petición de intercesión a María para la unidad de los cristianos:

Este sagrado sínodo experimenta gran alegría y consuelo porque también entre los hermanos separados haya quienes dan el honor debido a la madre del Señor y Salvador, sobre todo entre los orientales, que rivalizan en el culto de la siempre Virgen madre de Dios llenos de fervor y de devoción (LG 69).

Y en esta dirección abre también el Concilio perspectivas ecuménicas bajo el manto de María.

Si Abrahán, por lo que ha hecho, mereció en la Biblia el nombre de «padre de todos nosotros», es decir de todos los creyentes (cf. Rom 4,16; Lc 16,24), se entiende mejor por qué la Iglesia no duda en llamar a María «Madre de todos nosotros, madre de todos los creyentes». En la tercera predicación de Adviento de 2015, que tuvo lugar en la capilla pontificia *Redemptoris Mater* en el Vaticano y fue impartida por el padre Raniero Cantalamessa, el predicador de la casa pontificia hacía observar que «de la comparación entre Abrahán y María podemos recabar una luz aún mejor que tiene que ver no solo con el simple título, sino también con su contenido o significado». Y se preguntaba:

¿Madre de los creyentes es un sencillo título de honor o algo más? Aquí se ve la posibilidad de un discurso ecuménico sobre María. Calvino interpreta el texto donde Dios dice a Abrahán: «En ti serán benditas todas las familias de la tierra» (Gen 12,3), en el sentido de que «Abrahán no será solo ejemplo y patrón, sino causa de bendición» [Calvino, *Le livre de la Genèse*, I, Ginebra 1961, 195]. Un conocido exegeta protestante escribe en el mismo sentido: «Se ha cuestionado si las palabras del Génesis 12,3 [“en ti serán benditas todas las familias de la tierra”] pretenden afirmar solamente que Abrahán se convertirá en una especie de fórmula para bendecir y que la bendición de la que él goza, pasará en proverbio [...]. Se debe volver a la interpretación tradicional que entiende esa Palabra de Dios “como una orden dada a la historia”» (B. Jacob) [...]. Es un hecho alentador descubrir que los mismos iniciadores de la Reforma han reconocido a María el título y la prerrogativa de Madre, también en el sentido de Madre nuestra y madre de la salvación. En una predicación para la misa de Navidad, Lutero decía: «Esta es la consolación y la desbordante bondad de Dios: que el hombre, en cuando que cree, pueda gloriarse de un bien tan precioso, que María sea su verdadera madre, Cristo su hermano, Dios su Padre [...]. Si crees así, te sientas verdaderamente en el vientre de la Virgen María y eres su querido niño» [Lutero, *Kirchenpostille*: Weimarer Ausgabe, 10, 1, 73].

La mariología en los últimos siglos se había convertido en una fábrica continua de nuevos títulos, nuevas devociones y a menudo en polémica con los protestantes, usando a veces la madre común como un arma contra ellos. El Concilio Vaticano II reaccionó oportunamente a esta tendencia. Recomendó que los fieles «han de evitar con cuidado todo lo que de palabra o de obra pudiera inducir a error a los hermanos separados o a otros acerca

de la verdadera doctrina de la Iglesia» y recordó a los mismos fieles que «la verdadera devoción no consiste ni en un sentimiento pasajero y sin frutos ni en una credulidad vacía». «Cuando se leen las palabras de Lutero –prosigue Cantalamessa–, que hasta el final de su vida honró a María, santificó sus fiestas y cantó cada día el magnificat, se siente cómo nos hemos alejado, en general, de la actitud justa hacia ella». Y concluye: «Todas estas premisas nos permiten cultivar en el corazón la esperanza de que, un día no lejano, católicos y protestantes podamos no estar ya divididos, sino unidos por María, en una común veneración, diversa quizás en las formas, pero concorde en reconocer en ella a la madre de Dios y a la madre de los creyentes».

MADRE DE LA IGLESIA Y HERMANA NUESTRA

La veneración a María

«Con su ascunción a los cielos [...] –dice el Concilio– con su amor de Madre cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y viven entre angustias y peligros hasta que lleguen a la patria feliz». Todos la honran con gran devoción y confían su vida a su cuidado maternal.

En la tercera y última parte del capítulo dedicado a la santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia se indica, a la luz de la *Lumen gentium*, que la Iglesia debe imitar las virtudes de María y su culto y son perfiladas las normas pastorales.

Su misión y condición única en el pueblo de Dios, del que es al mismo tiempo miembro eminentísimo, ejemplar acabadísimo y madre amantísima; su incesante y eficaz intercesión mediante la cual, aun habiendo sido asunta al cielo, sigue cercanísima a los fieles que la suplican, aun a aquellos que ignoran que son hijos suyos; su gloria que ennoblece a todo el género humano, como lo expresó maravillosamente el poeta Dante: «Tú eres aquella que ennobleció tanto

María, la primera creyente (LG 52-69)

la naturaleza humana que su hacedor no desdeñó convertirse en hechura tuya»; en efecto, María es de nuestra estirpe, verdadera hija de Eva, aunque ajena a la mancha de la madre y verdadera hermana nuestra, que ha compartido en todo, como mujer humilde y pobre, nuestra condición (MC 56).

La piedad de la Iglesia hacia la santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la madre del Señor en todo tiempo y lugar –desde la bendición de Isabel (cf. Lc 1,42-45) hasta las expresiones de alabanza y súplica de nuestro tiempo– constituye un sólido testimonio de su *lex orandi* y una invitación a reavivar en las conciencias su *lex credendi*. Viceversa: la *lex credendi* de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su *lex orandi* en relación con la madre de Cristo. Culto a la Virgen de raíces profundas en la Palabra revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos:

La singular dignidad de María «madre del Hijo de Dios y, por lo mismo, hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo; por tal don de gracia especial aventaja con mucho a todas las demás criaturas, celestiales y terrestres», su cooperación en momentos decisivos de la obra de la salvación llevada a cabo por el Hijo; su santidad, ya plena en el momento de la concepción inmaculada y no obstante creciente a medida que se adhería a la voluntad del Padre y recorría la vía de sufrimiento (cf. Lc 2,34-35; 2,41-52; Jn 19,25-27), progresando constantemente en la fe, en la esperanza y en la caridad.

La reflexión de la Iglesia contemporánea sobre el misterio de Cristo y sobre su propia naturaleza la ha llevado, por tanto, a encontrar la raíz del primero y a coronar la segunda, la misma figura de mujer, la Virgen María, madre de Cristo y madre de la Iglesia. Y «un mejor conocimiento de la mi-

sión de María –afirma Pablo VI en la *Marialis cultus*– se ha transformado en gozosa veneración hacia ella y en adoración respetuosa hacia el sabio designio de Dios».

Esto no significa que la veneración por María expresada a través de oraciones marianas como el rosario tenga que ser archivada. A finales de los años setenta –tiempos en los cuales a muchos podía parecer que el cristocentrismo tuviera como consecuencia necesaria una marginalización de María o que la liturgia tuviera que brillar sobre las cenizas del rosario, el teólogo Hans Urs von Balthasar publicaba una meditación sobre los misterios del rosario en la óptica de la dimensión mariana que caracteriza a la Iglesia. Von Balthasar escribía sin miedo a las críticas: «También la oración litúrgica es siempre –manifiestamente o de forma escondida, inconscientemente– una oración mariana». Y refería naturalmente todo a la relación de María con Cristo y con la Iglesia. La Iglesia se redescubre en su identidad contemplándose en María: «María es la perpetua premisa, el punto de origen, la perfecta realización de la Iglesia...». También el rosario, percibido en su intención de iluminar el evangelio y el misterio de Cristo –aclaraba von Balthasar– no tiene nada que pueda dañar el diálogo ecuménico porque con María y a través de María lleva a Cristo. Es incluso una oración que tiene gran significado y es siempre actual, también para la espiritualidad de nuestro tiempo.

Pienso que no se deberá mover ni un solo ápice la confianza en el poder misericordioso de María a nuestro favor. Siguen intactas también las verdades enseñadas desde siempre sobre la Virgen por el magisterio de la Iglesia. En cambio, lo que puede cambiar es el modo de concebir y realizar nuestra devoción a María –afirmaba en 1965 el futuro papa Juan Pablo I–. Estamos en tiempos en los que la mujer reivindica con justicia sus propios derechos. Nosotros entonces de María no solo pondremos de relieve el humilde trabajo doméstico; con el Concilio recuperaremos la doctrina patristica que

María, la primera creyente (LG 52-69)

saludaba a María como la «nueva Eva» que con Cristo colabora por una humanidad totalmente renovada. Un árbol, Adán y Eva –decían los Padres– están en el origen de nuestra ruina. Otro árbol (la cruz), Cristo y María están en el origen de nuestra salvación.

En efecto, el Concilio aun considerando el culto mariano entre los deberes del cristiano, puso en guardia contra el sentimentalismo y una vana credulidad en la materia.

Por lo tanto, se honrará a la Virgen especialmente imitando sus virtudes y recorriendo los escalones trazados por la humilde teología de los pobres: arrepentirse de los pecados, confesarse, hacer penitencia, resistir a las nuevas tentaciones que surjan, llevar una vida santa. Rezaremos a la Virgen también con el rosario –afirmaba el entonces obispo de Vittorio-Véneto, Albino Luciani–, pero sin atribuir una eficacia mágica a determinadas imágenes, a la corona del rosario en sí misma, a ciertas «cadenas» de oraciones. No nos precipitemos a seguir voces de apariciones o revelaciones que a veces se revelan obra de gente enferma o ávida de fama y de dinero. En la *Apostolicam actuositatem* hemos propuesto la imitación de la Virgen. También ella llevó en la tierra una vida común a todos, llena de preocupaciones familiares y de trabajo, pero siempre íntimamente unida a su Hijo Jesús.

Y si en el Concilio prevaleció la opinión de quienes quisieron hablar de María en el documento dedicado a la Iglesia, eso significa que María –sigue explicando Luciani–, aun siendo privilegiada, aun siendo madre de Dios, es también nuestra hermana. Vivió una vida igual a la nuestra. Ella –afirma la *Lumen gentium*– mientras vivía en la tierra una vida común a todos, llena de preocupaciones familiares y de trabajo, era siempre misericordiosa también porque ha vivido nuestra propia vida y ha experimentado dificultades

similares a las nuestras. Hermana. En el Concilio hemos recordado a los «pobres de Yahvé». A la cabeza, capitaneando y guiando a esta hilera de *anawim*, está ella, la Virgen, nuestra hermana. En el capítulo octavo de la *Lumen gentium* hemos incluido unos textos que en otro tiempo se consideraban anti-marianos, por decirlo de alguna manera. San Lucas (2,49): «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». ¡Palabras claras! Pero dice el evangelista (2,50): *Et ipsi non intellexerunt*: no entendieron, tampoco la Virgen entendió. Por lo tanto, también ella tuvo que progresar en la fe. Por lo tanto, se ha tratado de dar algún retoque a la devoción, y volviendo a las fuentes, a los Padres, se ha hecho más acorde con la sensibilidad moderna.

Un patrimonio de gran valor

Esta devoción es patrimonio de gran valor para cada alma, para toda la comunidad, para todos los creyentes. Además, el recordar los conceptos fundamentales expuestos por el Concilio Vaticano II sobre la naturaleza de la Iglesia como familia de Dios, pueblo de Dios, reino de Dios, cuerpo místico de Cristo, como deseaba Pablo VI en la *Marialis cultus*, venerar a la Virgen también con el título de madre de la Iglesia

[...] permitirá a los fieles reconocer con mayor facilidad la misión de María en el misterio de la Iglesia y el puesto eminente que ocupa en la comunión de los santos; sentir más intensamente los lazos fraternos que unen a todos los fieles porque son hijos de la Virgen, a cuya generación y educación ella colabora con materno amor, e hijos también de la Iglesia, ya que nacemos de su parto, nos alimentamos con leche suya y somos vivificados por su Espíritu, y porque ambas concurren a engendrar el cuerpo místico de Cristo:

María, la primera creyente (LG 52-69)

Una y otra son madre de Cristo, pero ninguna de ellas engendra todo (el cuerpo) sin la otra (MC 28).

Esto permite percibir de modo más evidente que la acción de la Iglesia en el mundo es como una prolongación de la solicitud de María.

En efecto, el amor operante de la Virgen en casa de Isabel, en Caná y sobre el Gólgota –momentos todos ellos salvíficos de gran alcance eclesial– encuentra su continuidad en el ansia materna de la Iglesia porque todos los hombres lleguen a la verdad (cf. 1 Tim 2,4), en su solicitud para con los humildes, los pobres, los débiles, en su empeño constante por la paz y la concordia social, en su prodigarse para que todos los hombres participen de la salvación merecida para ellos por la muerte de Cristo. De este modo, el amor a la Iglesia se traducirá en amor a María y viceversa. Porque la una no puede subsistir sin la otra, como observa de manera muy aguda san Cromasio de Aquileya: «Se reunió la Iglesia en la parte alta (del cenáculo) con María, que era la Madre de Jesús y con los hermanos de este». Por tanto, no se puede hablar de Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de este. En conclusión, reiteramos la necesidad de que la veneración a la Virgen haga explícito su intrínseco contenido eclesiológico (MC 28).

Por lo tanto, María es «aquella que en la santa Iglesia ocupa el lugar más alto después de Cristo y el más cercano a nosotros». Es «hermana» y «madre de la Iglesia», título que ilumina plenamente el sentido de la íntima unión de María con la Iglesia, donde ocupa el primer puesto de modo eminente y singular. Por eso, «María es mucho más importante que los apóstoles», ha afirmado el papa Francisco y es «“la” Iglesia, no “el” Iglesia porque es esposa de Cristo y madre del santo pueblo fiel de Dios». Sin embargo,

es necesario recalcar que, en el transcurso de medio siglo, entre todas las fiestas que celebran a la Virgen María a lo largo del año litúrgico, la fiesta de la madre de la Iglesia solo se introdujo en 2018. Con un decreto de la Congregación para el Culto Divino que lleva la fecha del 11 de febrero de 2018, centenario de la primera aparición de la Virgen de Lourdes, el papa Francisco estableció como obligatoria para toda la Iglesia de rito romano, la festividad litúrgica de la bienaventurada Virgen María bajo la advocación de Madre de la Iglesia, fijándola al lunes después de Pentecostés para que la memoria de María, madre de la Iglesia, sea celebrada cada año por toda la Iglesia. La introducción de esta celebración en la oración litúrgica de la Iglesia «ayudará a recordar que la vida cristiana, para crecer, debe estar anclada al misterio de la cruz, a la oblación de Cristo en el convite eucarístico y a la Virgen oferente, madre del Redentor y de los redimidos», explica el decreto. Como había indicado Pablo VI el 21 de noviembre, en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II que, al declarar a la santísima Virgen María como «madre de la Iglesia, es decir, de todo el pueblo cristiano, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman madre amorosa», estableció que «todo el pueblo cristiano rindiese honor a la madre de Dios con este dulcísimo nombre». Ahora, el papa Francisco desea que «pueda promover el crecimiento del sentido maternal de la Iglesia en los pastores, los religiosos y los fieles, así como también de la genuina piedad mariana».

Un deseo más que nunca necesario, como lo reflejó el papa Francisco con motivo de la festividad de la traslación del icono de la *Salus populi romani*:

Porque viviéramos un cristianismo hecho de ideas, de programas, sin confianza, sin ternura, sin corazón y sin corazón no hay amor y la fe corre el riesgo de convertirse en una bonita fábula de otros tiempos. La madre no es algo opcional, no es opcional, es el testamento de Cristo. No son buenos modales espirituales, es una exigencia de vida. Amarla no es poesía, es saber vivir. Porque sin madre no podemos ser hijos. Y nosotros, ante todo,

María, la primera creyente (LG 52-69)

somos hijos, hijos amados, que tienen a Dios por Padre y a la Virgen por madre... He aquí el corazón de madre: no se avergüenza de las heridas, de las debilidades de los hijos, sino que quisiera tomarlas consigo. Y la madre de Dios y madre nuestra sabe tomar consigo, consolar, velar y sanar.

Y si María es figura de la misma Iglesia, también es modelo, según la tradición a cuyas fuentes se remontó el Concilio. Esto es hoy y siempre el único modo de ser y de estar en la Iglesia. «María es la sabia y generosa tesorera de los favores divinos», defendía Pío XII. Para siempre entonces «quien desea gracia y no te ruega quiere su desear volar sin alas».

CAPÍTULO VIII: LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS, EN EL MISTERIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

I. Introducción

52. Queriendo Dios, infinitamente sabio y misericordioso, llevar a cabo la redención del mundo, «al llegar la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo, nacido de mujer, ... para que recibiésemos la adopción de hijos» (Ga 4, 4-5). «El cual, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos y por obra del Espíritu Santo se encarnó de la Virgen María». Este misterio divino de la salvación nos es revelado y se continúa en la Iglesia, que fue fundada por el Señor como cuerpo suyo, y en la que los fieles, unidos a Cristo Cabeza y en comunión con todos sus santos, deben venerar también la memoria «en primer lugar de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo»

53. Efectivamente, la Virgen María, que al anuncio del ángel recibió al Verbo de Dios en su alma y en su cuerpo y dio la Vida al mundo, es reconocida y venerada como verdadera Madre de Dios y del Redentor. Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a El con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta

del Padre y sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas. Pero a la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de la salvación; y no sólo eso, «sino que es verdadera madre de los miembros (de Cristo)», por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza». Por ese motivo es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, y a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera, como a madre amantísima, con afecto de piedad filial,

54. Por eso, el sagrado Concilio, al exponer la doctrina sobre la Iglesia, en la que el divino Redentor obra la salvación, se propone explicar cuidadosamente tanto la función de la Santísima Virgen en el misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo místico cuanto los deberes de los hombres redimidos para con la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, especialmente de los fieles, sin tener la intención de proponer una doctrina completa sobre María ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos. Así, pues, siguen conservando sus derechos las opiniones que en las escuelas católicas se proponen libremente acerca de aquella que, después de Cristo, ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros .

II. Función de la Santísima Virgen en la economía de la salvación

55. Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y la Tradición venerable manifiestan de un modo cada vez más claro la función de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y vienen como a ponerla delante de los ojos. En efecto, los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la salvación, en la que paso a paso se prepara la venida de Cristo al mundo

Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia y tal como se interpretan a la luz de una revelación ulterior y plena, evidencian poco a poco, de una forma cada vez más clara, la figura de la mujer Madre del Redentor. Bajo esta luz aparece ya proféticamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, hecha a los primeros padres caídos en pecado (cf. Gen 3, 15). Asimismo, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Emmanuel (cf. Is 7,14; Mi 5, 2-3; Mt 1, 22-23). Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación. Finalmente, con ella misma, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se instaura la nueva economía, al tomar de ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado mediante los misterios de su humanidad.

56. Pero el Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que, de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida. Lo cual se cumple de modo eminentísimo en la Madre de Jesús por haber dado al mundo la Vida misma que renueva todas las cosas y por haber sido adornada por Dios con los dones dignos de un oficio tan grande. Por lo que nada tiene de extraño que entre los Santos Padres prevaleciera la costumbre de llamar a la Madre de Dios totalmente santa e inmune de toda mancha de pecado, como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo». Enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular, la Virgen Nazarena, por orden de Dios, es saludada por el ángel de la Anunciación como «llena de gracia» (cf. Lc 1, 28), a la vez que ella responde al mensajero celestial: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado

alguno la voluntad salvífica de Dios se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con El y bajo El, con la gracia de Dios omnipotente. Con razón, pues, piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento puramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, «obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano». Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él en su predicación que «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por la virgen María mediante su fe»; y comparándola con Eva, llaman a María «Madre de los vivientes», afirmando aún con mayor frecuencia que «la muerte vino por Eva, la vida por María».

57. Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte. En primer lugar, cuando María, poniéndose con presteza en camino para visitar a Isabel, fue proclamada por ésta bienaventurada a causa de su fe en la salvación prometida, a la vez que el Precursor saltó de gozo en el seno de su madre (cf. Lc 1, 41-45); y en el nacimiento, cuando la Madre de Dios, llena de gozo, presentó a los pastores y a los Magos a su Hijo primogénito, que, lejos de menoscabar, consagró su integridad virginal. Y cuando hecha la ofrenda propia de los pobres lo presentó al Señor en el templo y oyó profetizar a Simeón que el Hijo sería signo de contradicción y que una espada atravesaría el alma de la Madre, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones (cf. Lc 2, 34-35). Después de haber perdido al Niño Jesús y haberlo buscado con angustia, sus padres lo encontraron en el templo, ocupado en las cosas de su Padre, y no entendieron la respuesta del Hijo. Pero su Madre conservaba todo esto en su corazón para meditarlo (cf. Lc 2, 41-51).

58. En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio, cuando en las bodas de Caná de Galilea, movida a misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías (cf. Jn 2, 1-11). A lo largo de su predicación acogió las palabras con que su Hijo, exaltando el reino por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados (cf. Mc 3, 35; Lc 11, 27-28) a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como ella lo hacía fielmente (cf. Lc 2, 29 y 51). Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf. Jn 19, 25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo» (cf. Jn 19,26-27).

59. Por no haber querido Dios manifestar solemnemente el misterio de la salvación humana antes de derramar el Espíritu prometido por Cristo, vemos que los Apóstoles, antes del día de Pentecostés, «perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste» (Hch 1, 14), y que también María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a ella con su sombra. Finalmente, la Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores (cf. Ap 19, 16) y vencedor del pecado y de la muerte.

III. La Santísima Virgen y la Iglesia

60. Uno solo es nuestro Mediador según las palabras del Apóstol: «Porque uno es Dios, y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos» (1 Tm 2, 5-6). Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta.

61. La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia.

62. Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su

Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador.

Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor; pero, así como el sacerdocio Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto, por el pueblo fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente.

La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en esta protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador.

63. La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, que la une con el Hijo Redentor, y por sus gracias y dones singulares, está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre. Creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, cubierta con la sombra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios, dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rm 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno.

64. La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera.

65. Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cf. Ef 5, 27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos. La Iglesia, meditando piadosamente sobre ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano misterio de la encarnación y se asemeja cada día más a su Esposo. Pues María, que por su íntima participación en la historia de la salvación reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe, cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificio y al amor del Padre. La Iglesia, a su vez, glorificando a Cristo, se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, en la esperanza y en la caridad y buscando y obedeciendo en todo la voluntad divina. Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres.

IV. El culto de la Santísima Virgen en la Iglesia

66. María, ensalzada, por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial. Y, ciertamente, desde los tiempos más antiguos, la Santísima Virgen es venerada con el título de «Madre de Dios», a cuyo amparo los fieles suplicantes se acogen en todos sus peligros y necesidades. Por este motivo, principalmente a partir del Concilio de Éfeso, ha crecido maravillosamente el culto del Pueblo de Dios hacia María en veneración y en amor, en la invocación e imitación, de acuerdo con sus proféticas palabras: «Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mis maravillas el Poderoso» (Lc 1, 48-49). Este culto, tal como existió siempre en la Iglesia., a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo, y lo favorece eficazmente, ya que las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, de acuerdo con las condiciones de tiempos y lugares y teniendo en cuenta el temperamento y manera de ser de los fieles, hacen que, al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas (cf. Col 1, 15-16) y en el que plugo al Padre eterno «que habitase toda la plenitud» (Col 1,19), sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos.

67. El santo Concilio enseña de propósito esta doctrina católica y amonesta a la vez a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos y que observen escrupulosamente cuanto

María, la primera creyente (LG 52-69)

en los tiempos pasados fue decretado acerca del culto a las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Y exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina a que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios. Cultivando el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Doctores y de las liturgias de la Iglesia bajo la dirección del Magisterio, expliquen rectamente los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen, que siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad. En las expresiones o en las palabras eviten cuidadosamente todo aquello que pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualesquiera otras personas acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia. Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes.

V. María, signo de esperanza cierta y de consuelo para el Pueblo peregrinante de Dios

68. Mientras tanto, la Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor (cf. 2 P 3,10).

69. Es motivo de gran gozo y consuelo para este santo Concilio el que también entre los hermanos separados no falten quienes tributan el debido honor a la Madre del Señor y Salvador, especialmente entre los Orientales, que concurren con impulso ferviente y ánimo devoto al culto de la siempre

Virgen Madre de Dios. Ofrezcan todos los fieles súplicas apremiantes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo Pueblo de Dios, para gloria de la Santísima e indivisible Trinidad.



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*